



Seglares Claretianos

[Movimiento de Seglares al estilo de S. Aº Mª Claret]



Vino nuevo
en ODRES NUEVOS

IX Asamblea General/General Assembly
16-25 Julio/July 2015 Granada (España/Spain)

New wine into new wineskins

VINO NUEVO EN ODRES NUEVOS

José Cristo Rey García Paredes, CMF

Dirijo esta reflexión a mis hermanas y hermanos del movimiento de “Seglares Claretianos” que celebraron su IX Asamblea General del 16-25 de Julio de 2015, inspirados por este lema evangélico: “Vino Nuevo en odres nuevos”.

Quiero ofrecer una reflexión-meditativa que permita descubrir la riqueza de esta enseñanza de Jesús y cómo actualizarla en el Espíritu en nuestro tiempo.

I. LA METÁFORA DEL “VINO NUEVO” Y LOS “ODRES NUEVOS”

1. La frase evangélica y su significado inmediato

“Nadie echa vino nuevo en odres viejos; de otro modo el vino reventaría los odres y se echarían a perder tanto el vino como los odres; a vino nuevo, odres nuevos” (Mc 2,22)

Así respondió Jesús a los discípulos de Juan y de los fariseos cuando le preguntaron porqué sus discípulos no ayunaban” (Mc 2,18). Y añadió dos razones:

- la primera: porque son “los invitados a la boda” y *no se ayuna* cuando el novio está con ellos;
- la segunda: porque *el sistema religioso judío está superado* y hay que abrir un *nuevo tipo* de espiritualidad, de comunidad, de relaciones.

Jesús aporta una tal novedad, que ésta no puede ser acogida –sin quedar desvirtuada– en antiguos métodos y formas de pensar (Mc 2,19). Jesús les dice indirectamente a los discípulos de Juan y de los fariseos que el arrepentimiento y las buenas obras son “odres viejos”¹.

El seguimiento de Jesús es el “odre nuevo”. Jesús mismo es el “vino bueno reservado hasta ahora” (Jn 2,10). Y con Jesús llegó la “novedad”: un nuevo “sacerdocio”, un “nuevo templo”, una “nueva Jerusalén”, un “nuevo corazón”, una “nueva ley del Espíritu”, una “nueva Alianza”, un “cielo nuevo” y una “tierra nueva”². Por eso, “hay que nacer de nuevo” (Jn 3, 5-7) y “ser re-egendrados a una esperanza viva” (1 Ped 1,4).

El movimiento de Jesús aparecía como una “rebelión juvenil” dentro de un sistema religioso envejecido, dentro de una religión que ha perdido su corazón vivo en reglamentos, formalidades y jerarquías. Jesús lo quería todo “nuevo” porque se rebeló contra un sistema religioso que pactaba con los poderes políticos, que se despreocupaba de los explotados y marginados. Jesús recordaba proféticamente y con plena autoridad a la religión judía sus propios orígenes: la experiencia de un Dios que saca de la esclavitud, la experiencia y la fe en un Dios que no tolera a su lado ninguna divinidad que legitime los imperios de dominio y represión.

2. ... Una actualidad increíble

La teología y la enseñanza de Jesús, el maestro de los signos, era una auténtica “teología visual”. Por eso, la comprenderemos mejor si nos adentramos en las imágenes que emplea: en nuestro caso en las imágenes del “vino” y de los “odres”.

Todos conocemos lo que es el vino; hay países en los cuales se elaboran vinos excelentes, que se exportan al mundo entero. Actualmente se pone el vino en *cu-bas*. En el pasado se utilizaban *odres*; los antiguos sabían que el vino nuevo, joven, no se podía guardar en odres viejos, porque el vino nuevo producen unas fermentaciones y unos desprendimientos de gases que destruirían los odres ya utilizados; el vino se derramaría y se estropearía. Por esta razón, los antiguos ponían el vino Nuevo en *odres nuevos, sólidos, capaces de resistir presiones muy fuertes*. En este contexto se entiende perfectamente la sentencia de Jesús: “No se pone el vino nuevo en odres viejos”. La cuestión que subyace a esta imaginative de Jesús es sumamente interesante e interpeladora.

Jesús era el portador del “vino nuevo”, del “vino bueno” -como ya demostró en las bodas de Caná (Jn 2,10). Por eso, invitaba a quienes le seguían a procurarse “odres nuevos” para que el vino nuevo pudiera hacerse añejo y no perderse, ni corromperse. Y al hablar de “los odres nuevos” decía que su enseñanza, y, sobre

¹ Cf. J. Klausner, *Jesus of Nazareth. His life, his time, his doctrine*, New York 1989, pp. 248.275.

² Cf. F. Wayne MacLeod, *Old wineskins and New Wine: how Christ fulfilled the Old Testament Law and what he expects of us now*, Light to my path Book Distribution, Sydney Mines (Canada), 2007.

todo, el acontecimiento del Reino de Dios debería vertirse en *instituciones, comunidades, personas sólidas, resistentes, que puedan soportar todos los cambios que el "vino nuevo" –enseñanza, evento, acontecimiento- va a producir necesariamente en ellos después de un cierto tiempo*. Lo mismo que el vino joven, el acontecimiento del Reino y sus enseñanzas no es una realidad muerta, al contrario, vive, y su vida conlleva toda clase de consecuencias.

Dicho de otra manera: el vino Nuevo solo puede guardarse en "personas nuevas", "transformadas", en instituciones "nuevas", "transformadoras". Podríamos decir que el corazón y el espíritu humano son los primeros odres. De ahí que el Espíritu prometa –por los profetas- cambiar nuestro corazón de piedra en un corazón de carne, y poner en nosotros "un corazón nuevo", "un espíritu nuevo". El cristianismo auténtico no se transmite a través de "viejas instituciones", viejos estilos comunitarios, viejos proselitismos... Jesús lo expresó en no pocas ocasiones: "Oísteis que se dijo... Yo os digo, en cambio" (Mt 5,44-48).

Hay personas que cuando reciben una inspiración o moción del Espíritu (una corriente divina procedente del Misterio) reaccionan tratando de desembarazarse de ella. Se atemorizan y arredran ante las transformaciones físicas, químicas, psicológicas y espirituales que se producirán bajo su influencia. Los que serían ocasiones estupendas para la transformación quedan convertidas lamentablemente en "ocasiones perdidas". Hay personas que tienen más miedo al Espíritu y los estados superiores de conciencia que produce que al pecado, al demonio o al infierno. No están preparadas para la vida nueva. Temen al Espíritu.

En realidad, no hay nada más hermoso que poder captar las corrientes espirituales, esta luz, esta fuerza y este gozo que vienen cada día a nosotros, este amor que atraviesa las almas en cada instante. Si detenemos estas corrientes con nuestros errores, con nuestros sentimientos y nuestros pensamientos, es porque nuestros odres no están preparados todavía para recibir el vino nuevo. Son odres viejos y debemos cambiarlos.

Parece increíble, pero así es. Estas palabras de Jesús mantienen hoy una impresionante fuerza inspiradora. Nos suenan como las palabras de un joven revolucionario, dirigiéndose a un grupo de jóvenes discípulas y discípulos, a los que quería implicar y comprometer en su revolución. Jesús estaba harto del "vino viejo" y de los "odres viejos". Todo lo que veía y experimentaba en su pueblo le sabía a viejo y corrompido.

3. Actualizada –también hoy- por el Espíritu

El *acontecimiento de Jesús* no solo pertenece al pasado, sino que es constantemente "actualizado" por el Espíritu. No se vuelve nunca obsoleto. Es contemporáneo a todas las generaciones.

Nos encontramos en el siglo XXI. La humanidad que habita nuestro planeta se encuentra en un momento que no pocos definen como “cambio de época”. En este contexto nos preguntamos:

- ¿cuál es el vino Nuevo que el Espíritu nos ofrece en este tiempo?
- Y, en consecuencia, seguimos preguntándonos: ¿cuáles serán los “odres nuevos” para que el vino nuevo no sea desvirtuado, ni desperdiciado?
- ¿Forman parte de esta necesidad de “odres nuevos” las llamadas apremiantes del Papa Francisco a acoger la alegría del Evangelio y la consiguiente “conversion pastoral y misionera”, el cuidado de la “casa común” y la llamada a la “conversion ecológica” y la acogida de la Alegría del Amor y la llamada a dejarnos transformar por el Amor?

II. EL “VINO NUEVO” QUE HOY EL ESPÍRITU NOS CONCEDE

¿Cuáles han sido los “procesos de vida” y los “elementos in fieri”, que están marcando la metamorfosis de la vida Cristiana en este tiempo? Fijemos la atención en los procesos de vida, impulsados por el Espíritu y orientados por la Iglesia, que nos han encaminado hacia: una nueva experiencia de Dios en la posmodernidad, una nueva eclesialidad (“in Ecclesia et cum Ecclesia”) y una nueva expansión de la conciencia.

1. Hacia una nueva experiencia de Dios en el “hoy” de la posmodernidad

“Vino nuevo” es la *experiencia de Dios* que hoy se nos concede. Hoy sabemos que no hemos de retirarnos a un monasterio o un desierto para encontrarnos con Dios; ni tampoco entrar en un proceso de introspección para hallarlo –tal como decía Erich Przywara- “excavando fosos en el alma”³: ¡podríamos engañarnos! “Si uno dice ‘Yo amo a Dios’, y odia a su hermano, es un mentiroso. Si no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve” (1 Jn 4,20). No se encuentra a Dios cerrando los ojos: “Mira con atención y sabras”⁴, decía Johann Baptist Metz defensor de la “mística de ojos abiertos” (Johann Baptist Metz). No se trata de no-mirar (¡la clásica modestia!), sino de mirar nuestro mundo con la mirada de Jesús, el Buen Pastor⁵.

Nuestro Dios se nos revela y entrega hoy en la realidad de este mundo que tantas veces parece negarlo por la injusticia, la violencia, la crueldad inhumana,

³ Erich Przywara, *Ringel der Gegenwart, Gesammelte Aufsätze 1922-1927*, Bd. 1. Augsburg 1929, p. 243.

⁴ Johann Baptist Metz, *Memoria passionis. Una evocación provocadora en una sociedad pluralista*. Santander: Sal Terrae, 2007, p. 167. Metz está citando a Hans Jonas.

⁵ “Evangelii Gaudium” ofrece un auténtico criterio metodológico al decir que hemos de observar la realidad no con una mirada meramente sociológica, sino con la mirada de Jesús. He estudiado este aspecto en: José Cristo Rey García Paredes, *Hacia la “conversion pastoral”: “Evangelii Gaudium” en la vida consagrada*, en “Claretianum ITVC”, 54 (2014),pp. 11-13.

la muerte. En la experiencia del sufrimiento en el mundo descubrió Dietrich Bonhoeffer a Dios: “Solo un Dios que sufre, me puede salvar”. Los cristianos encontramos en las víctimas a nuestro Dios: entristecido, sufriente, marginado, descartado. En este contexto la experiencia de Dios se vuelve dramática y nos identifica fácilmente con el Crucificado que grita en la cruz: “Elí, Elí, lama sabactaní”.

Nuestro Dios se ha identificado con la humanidad: “el Verbo se ha hecho carne”. Nicolás de Cusa nos recuerda que Dios es un círculo infinito cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia no está en ningún lugar⁶. Por eso, Dios no puede ser apartado del horizonte de nuestra historia, de las sociedades, de la política, de la economía. La teología y la espiritualidad nos hacen descubrir a Dios en todo. Jesús defendía la dignidad de todo ser humano: cada uno de ellos era para Jesús como el nuevo templo de Dios. Los evangelios nos cuentan cómo a Jesús le preocupaba más el sufrimiento y las carencias humanas que el pecado. Las nuevas “cristologías” no han vuelto mucho más sensibles al Jesús de la historia. ¿No es ésto “vino nuevo”?

En estos últimos años los cristianos nos hemos vuelto especialmente sensibles a la persona, acción e inspiración del Espíritu Santo. Hemos tomado conciencia del protagonismo del Espíritu Santo, de su misión desplegada desde Pentecostés hasta la Parusía y de los carismas que Él derrama en las comunidades y en las personas. El Espíritu Santo está siendo reconocido como el gran protagonista de nuestra vida cristiana. ¿No es ésto “vino nuevo”?

Desde esta nueva experiencia de Dios nos sentimos habilitados a hacer frente al “nuevo ateísmo”⁷ o a la “indiferencia” religiosa posmoderna. Sabe que las objeciones a la experiencia religiosa no logran atacar ni amenazar al Dios que nosotros confesamos; y que una vida sin relación religiosa o sin espiritualidad deja vacíos espacios esenciales en el ser humano y poco a poco lo vuelve idólatra de realidades sucesivas y transitorias.

La gran preocupación de la vida Cristiana laical contemporánea es: ¿cómo ser testigos de Dios en contextos de fuerte y creciente secularización? ¿Cómo configurar nuestro testimonio de modo que las nuevas generaciones sientan el atractivo de establecer una alianza fuerte con nuestro Dios y entrar en un aventurado y sorprendente camino de espiritualidad?

⁶ Docta ignorantia, II, 2

⁷ Cf. Glenn B. Siniscalchi, *Evangelization and the new Atheism*, en “American Theological Inquiry” 15 (2009) pp. 29-41.

2. Hacia un nuevo paradigma de la Misión, en la que “todas” y “todos” estamos implicados

“Vino Nuevo” ha sido también el giro copernicano que se ha producido en la teología de la misión: “No es la Iglesia la que hace la misión, es la misión la que hace a la Iglesia”⁸.

La misión es, ante todo, un atributo de Dios, es “*missio Dei*”: El Abbá *envía* al mundo a su Hijo Jesús, quien realiza la misión hasta el “*consummatum est*” de la cruz. El Abbá y Jesús Resucitado nos *envían* al Espíritu Santo. De la misión del Espíritu Santo brota la Iglesia y ésta se convierte en la comunidad del Espíritu, colaboradora y cómplice del Espíritu: “El Espíritu y la Esposa dicen: Ven, Señor Jesús” (Apc 22,17).

La afirmación de este protagonismo de nuestro Dios es fundamental en nuestra comprensión de la misión. Lo cual excluye cualquier comprensión prometéica o pelagiana de ella. Ante el protagonismo de nuestro Dios y de su Espíritu sólo nos cabe confesar: “siervos inútiles somos, lo que teníamos que hacer eso hicimos” (Lc 17,10).

El protagonismo del Espíritu en la misión, sin embargo, no nos anula, ni incapacita. Al contrario: vuelca en nosotros sus carismas, sus energías. Ya desde la creación el Dios creador dirigió a la humanidad, representada en Adán y Eva, el primer mandato misionero: “Sed fecundos, multiplicaos, henchid la tierra y sometedla; mandad” (Gen 1,28-29). Es *la misión de la pro-creación* (no solo en sentido biológico, sino también cultural, intelectual, artístico, espiritual). También el proceso evolutivo del planeta y nuestra colaboración humana en él por medio de la ciencia, el trabajo, la empresa... responde a un mandato creador⁹. Así se van cumpliendo paso a paso las etapas de una misión, ínsita en el cosmos. En el ser humano esta misión se vuelve consciente, cordial y responsable y filial.

La misión tiene también un aspecto “redentor” o “liberador”. La misteriosa presencia del mal ha roto alianzas, ha deformado y destruido la vida, ha deteriorado el planeta. El Espíritu de Dios creador hizo surgir en la historia humana procesos redentores, terapéuticos, liberadores: “habló por los profetas, los liberadores, los carismáticos”. La gran liberación, sin embargo, llegó, cuando el Hijo de Dios se encarnó por obra del Espíritu en el seno de María virgen. Él introdujo en

⁸ “La misión no es algo que la Iglesia hace; es algo que es realizado por el Espíritu Santo, el cual es así mismo quien testifica y quien cambia al mismo tiempo al mundo y a la Iglesia”: Lesslie Newbigin, *The Open Secret. An introduction to the Theology of Mission*, B. Eerdmans Publishing, Grand Rapids, 1978.1995, pp. 56-61. Cf. David Bosch, *Transforming mission: paradigms shift in Theology of Mission*, Orbis Books, Maryknoll, 1991.

⁹ Todos los seres humanos somos responsables de la misión recibida del Creador, como responsabilidad de propagación de la especie, de educación de las nuevas generaciones, de organización y estructuración de las sociedades. Por eso, Dios envía a la humanidad el don de padres y madres, de educadores y políticos, sin hacer acepción de personas a causa de su credo, religión o cultura. El proceso evolutivo de la naturaleza y la especie humana responde a la misión recibida del Creador. Comprenderlo, favorecerlo es colaborar en ella.

la humanidad un principio redentor que nos conecta de nuevo con las fuentes de la Vida y del Creador. Las fuerzas del Mal no tienen futuro. La Redención va poco a poco apoderándose de las zonas más enfermas y mortecinas de la humanidad para curar, sanar y dar futuro, gracias al Espíritu de Jesús, que sigue presente y actuante entre nosotros. Esta fuerza misionera que viene de Dios encuentra colaboración en quienes tienen como mayor preocupación la liberación del ser humano, en el *ámbito político, psicológico, espiritual, corporal o biológico* y exorcizan el mal allí donde se encuentra.

Un aspecto particular de la misión de redención es la misión apocalíptica, llevada adelante por aquellos que son vigías apocalípticos, por aquellos que en medio de las situaciones más desgraciadas, amenazadas y pobres del mundo, anuncian el Consuelo de Dios y descubren el cielo nuevo y la tierra nueva. Ejercen la profecía de la resistencia. Se oponen decididamente a la Bestia y a su comparsa. Están decididamente a favor de la Nueva Jerusalén.

La misión del Espíritu se encarna en cada una de las tareas carismáticas que los distintos grupos y personas realizan en el mundo, en la Iglesia. En ellas se manifiesta la creatividad del Espíritu y cómo lleva toda la realidad hacia su culminación en el Reino de Dios. Especialmente sensibles a esta misión son las comunidades religiosas que descubren día tras días nuevas interpelaciones (*challenges*) o desafíos misioneros y están dispuestas a realizarlos.

La referencia a los aspectos comunes y compartidos de la misión, no nos hace olvidar la importancia que tiene en el conjunto de la humanidad la dimensión o ministerialidad “cristiana”, “eclesial”, laical, dentro de la gran misión compartida. A nosotros se nos ha dado conocer los “misterios del Reino”¹⁰; sabemos anticipadamente lo que otros sabrán al final¹¹. Por eso, la Iglesia es “sacramentum mundi”, símbolo de aquello a lo que todo el mundo está llamado a ser.

Hoy somos muy conscientes, de que el Espíritu quiere una Iglesia aliada con Él, cómplice en su misión. La Iglesia no es tanto la que envía, sino la enviada¹² por el Espíritu donde quiere, cuando quiere y el tiempo que quiere. Ha escrito muy bellamente el cardenal Walter Kasper lo siguiente:

“Solo la Iglesia colmada del Espíritu Santo es capaz de misionar. Pero una Iglesia movida por el Espíritu de Dios no puede por menos de salir de sí misma y dar testimonio del Evangelio al mundo entero... La fidelidad a la fe transmitida no consiste en

¹⁰ “Cuando quedó a solas, los que le seguían a una con los Doce le preguntaban sobre las parábolas. El les dijo: «A vosotros se os ha dado el misterio del Reino de Dios, pero a los que están fuera todo les resultan enigmas” (Mc 4,10-11). «¡Dichosos los ojos que ven lo que veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron” (Lc 10, 23-24).

¹¹ “Tuve hambre y me disteis de comer.... sed y me disteis de beber...”. Sorprendidos, le preguntarán los seres humanos: ¿Cuándo te vimos hambriento y te dimos de comer, sediento y te dimos de beber? El les responderá: Cuando hicisteis una de esas cosas a mis pequeños hermanos a mí me la hicisteis”.

¹² Cf. D. BOSCH, *o.c.*, p. 370.

*limitarse a repetirla; antes bien, hay que hacerla valer en el Espíritu Santo de forma siempre nueva, joven y fresca*¹³.

Cada grupo en la Iglesia participa en la misión del mundo y de la Iglesia de una forma del todo particular. El Espíritu Santo actúa a través de un movimiento, como los Seglares Claretianos –personas y grupos–, de una manera admirable. Por eso, es de radical importancia no tanto que programemos nuestra misión, sino que descubramos –a través de un buen discernimiento– hacia dónde el Espíritu nos orienta.

Vino nuevo es, por tanto, la convicción transformadora de que la misión (*Misio Dei*) es la madre de la Iglesia, la madre de la vida consagrada.

3. Hacia una “nueva eclesialidad”: “In Ecclesia et cum Ecclesia”

Vino nuevo es también para nosotros la “nueva eclesialidad”, que se desprende de las cuatro grandes Constituciones conciliares (*Sacrosanctum Concilium*, *Dei Verbum*, *Lumen Gentium*, *Gaudium et Spes*), leídas e interpretadas sincrónicamente, como si de una sola Constitución de la Iglesia para este tiempo se tratase. Esa “nueva eclesialidad” ha sido profundizada y desarrollada por los Sínodos de las formas de vida¹⁴ y los Sínodos continentales¹⁵, cuando son leídos conjuntamente, en interrelación. El camino conciliar y sinodal nos ha hecho comprender la identidad de las formas de vida cristiana en su correlación, a aceptar y promover las diferencias culturales, étnicas de las iglesias particulares, de las diferentes formas de vida cristiana y –en consecuencia– de la necesidad de establecer un amplio “mutuae relationes” –a todos los niveles: teológico, práctico, espiritual y jurídico.

La vida Cristiana laical se va renovando y adaptando en esta línea. En determinados casos ha comprendido mejor lo que significa para ella la pertenencia a una familia carismática, la misión compartida, la interculturalidad y la colaboración con otros grupos y movimientos humanos que van en la dirección del Reino de Dios.

En el conjunto eclesial el laicado perteneciente a una familia carismática ha descubierto su doble función: contemplativa y profética. En el profeta Jesús, mística y poder de sanación provenían de una y la misma fuente, su experiencia de contraste entre el Dios viviente y a historia del sufrimiento humano. La memoria de Jesús a través del poder del Espíritu guía e informa la vida de profecía y la contemplación en la Iglesia.

¹³ WALTER KASPER, *La Nueva Evangelización: un desafío pastoral, teológico y espiritual*, en GEORGE AUGUSTIN (ed), *El desafío de la nueva evangelización. Impulsos para la revitalización de la fe*, Sal Terrae, Santander, 2012, p. 29.

¹⁴ Familiaris Consortio, *Christifideles Laici*, *Pastores dabo vobis*, *Vita Consecrata*, *Pastores Gregis*,

¹⁵ *Ecclesia in Europa*, *Ecclesia in America*, *Ecclesia in Asia*, *Ecclesia in Africa*, *Ecclesia in Oceania*,

4. Hacia la cuarta expansión de la conciencia

Encontramos el “vino nuevo” en fenómenos positivos –aparentemente laicos– que hacen avanzar la humanidad bajo el impulso del Espíritu. Uno de ellos es la progresiva expansión de la conciencia¹⁶.

Se habla hoy de la progresiva expansión de la conciencia humana a lo largo del inmenso itinerario evolutivo que ha recorrido. La *primera expansión* se produjo cuando quedaron vinculados individuos con individuos en la *tribu*; de ahí surge la conciencia tribal. La *segunda expansión* aconteció cuando quedaron vinculados individuos con grupos abstractos de individuos en la *nación-estado*; de ahí surge la conciencia nacional. La *tercera expansión* cuando quedaron vinculados entre sí diversos grupos, pueblos y naciones; de ahí nace la conciencia trans-nacional. La *cuarta expansión* se dará cuando nuestra conciencia quede planetizada.

Semejantes expansiones de la conciencia –desde la conciencia tribal a la conciencia planetaria– han sido también –y lo siguen siendo– un desafío para la vida consagrada. En su conciencia misionera la vida consagrada ha sido católica, es decir, abierta al todo: por eso, ha dejado los límites de los países de origen, para entrar en otros pueblos, lenguas y culturas, para in-culturarse en ellos.

Ahora estamos llegando a la cuarta expansión: es decir a la conciencia de formar parte de la ecología total de nuestro planeta (donde se integran seres humanos, animales y medio ambiente). Tal conciencia suscita en nosotros nuevas virtudes como la *hospitalidad* hacia “el otro” y “lo otro”, la *compasión* hacia cualquier manifestación de la vida, la *humanidad* contra cualquier forma de salvajismo, la *conciencia de igualdad* frente a cualquier forma de despotismo o descarte, la *prosperidad compartida* y el *respeto mutuo* a la dignidad de la persona, de la vida.

Esta cuarta expansión de la conciencia nos revela que no hay razón alguna para que un ser humano sea enemigo de otro ser humano y se enfrente a él; por lo tanto, ¡no a las armas y su fabricación, no a una economía al servicio de beneficios particulares, aquella que “no expande la riqueza; la canaliza hacia los ricos haciendo billonarios de millonarios” (Joel Hirschhorn¹⁷); no a la desigualdad, pobreza, guerra, destrucción, violación, pillaje, explotación de los recursos del planeta.

La cuarta expansión de la conciencia preconiza la integración de todo y no la homogeneización. La planetización intenta articular lo diverso y construir una humanidad solidaria y equilibrada dinámicamente¹⁸. Contra el pensamiento

¹⁶ Cf. Eudald Carbonell, *El nacimiento de una nueva conciencia*, Ara Llibres, Badalona, 2007; Louann Brizendine, *El cerebro femenino*, RBA Libros, Barcelona 2006; Georges Charpak y Roland Omnès, *Sed sabios, convertíos en profetas*, Anagrama,, Barcelona 2005.

¹⁷ "Globalization does not spread wealth; it channels it to the wealthy, making billionaires out of millionaires ...".

¹⁸ Cf. Carbonell, 70.71.

único, uniformador, se propone la alternativa de un único pensamiento integrador. La planetización nos pide que aprendamos a integrar críticamente la diversidad. Sólo así pondremos fin a la violencia de especie.

Quiero añadir un aspecto importante de la expansión de la conciencia incluyente y no excluyente: me refiero al *feminismo*. La lucha –desde la fe cristiana- por el respeto a la dignidad de la mujer, ha hecho surgir un feminismo cristiano que ha tenido una especial incidencia en los institutos religiosos femeninos, en sus textos constitucionales y en su estilo de misión y de vida. Las mujeres religiosas se han implicado muy seriamente en la causa de los más pobres y especialmente de las mujeres y han denunciado el patriarcalismo tanto social como eclesial. A través del feminismo cristiano el Espíritu de Dios está ofreciendo una gracia transformadora a toda la Iglesia.

La expansión de la conciencia nos ha hecho descubrir la catolicidad (*kata holon*), o la mundialización entendida como solidaridad, comunión, diálogo, integración, de los pueblos diferentes, de todas las formas particulares de ser, vivir y actuar. Esta catolicidad requiere una especie de permanente “perichóresis”, intercambio entre la iglesia mundial y las iglesias particulares, entre la humanidad y sus naciones, sin que prevalezca una realidad particular sobre las otras y sí el bien de la humanidad o de la iglesia global sobre las particularidades. En este modelo de catolicidad o globalidad nadie es eliminado, absorbido; nadie se encierra en sí mismo, o se absolutiza. En este modelo llegan a la humanidad, a la iglesia, a la vida consagrada, las riquezas de las naciones, de las iglesias particulares.

La vida cristiana laical –desde la expansión de su conciencia- se hace más católica, más mundial, más dialogante con personas de otras culturas, religions, condiciones sexuales.... Estos cristianos y cristianas se ven confrontados con los poderes políticos que discriminan, que dividen y subyugan, que no reconocen las individualidades. Nada extraño, entonces, que no puedan estar en la sociedad como un elemento neutro, descomprometido, recluso en un sistema religioso que no se entromete en otros asuntos; por eso se comprometen sin reservas con los valores de justicia, paz y defensa de la creación; y, por ello, se ponen de parte de la gente más necesitada, defienden al oprimido, al huérfano y a la viuda, hacen de sus casas santuarios donde son acogidos los perseguidos o reguados.

* * *

El “vino nuevo” ha llegado como grandes oledadas a la vida de la Iglesia, a la vida laical y carismática: la nueva experiencia de Dios, la nueva eclesialidad, la nueva conciencia. Creo que estas tres realidades han destilado el “vino nuevo”. Ellas son como el quicio en torno al cual ha de girar nuestra fidelidad a la Alianza con Dios en esta segunda década del siglo XXI.

III. ¿Y QUÉ “ODRES” HOY? ODRES NUEVOS E INNOVACIÓN

Hemos reflexionado sobre el “vino nuevo” que hoy nos ofrece el Espíritu Santo. Y de la misma manera que Jesús no pudo verter su mensaje y el acontecer del Reino de Dios en las cabezas y corazones de los fariseos y saduceos, tampoco hoy su Espíritu puede verter el vino nuevo e inteligencias, espíritus y corazones que no sean capaces de soportar las grandes tensiones y pruebas de un vino joven que fermenta y transforma.

La tentación de verterlo el “vino nuevo” en “odres viejos” es persistente. Y ésto acontece en todos los niveles: político, social, religioso, eclesial... En ese caso las estructuras que no están al servicio de la persona, del carisma, de la misión, sino de otros intereses. Son “odres viejos”:

- El modelo de misión que se centra en la figura del evangelizador/a, en su protagonismo, en su poder.
- Los modos autoritarios de ejercer el servicio del liderazgo (autoritarismo, paternalismo, los -ismos del poder) son “odres viejos” cuyo efecto deletéreo en la comunidad humana o cristiana es imprevisible.
- Los modelos de formación que no transforman, que no responden a los carismas y necesidades de las personas.
- Las comunidades o grupos que están basados -no en la vida- sino en la observancia de normas y reglas, impuestas, sin espacio para el diálogo, la confrontación existencial y la corresponsabilidad, la celebración.

Todo aquello que no irradia belleza, alegría, dinamismo del Evangelio y seguimiento de Cristo.

Seremos “odres nuevos” -tanto personal como comunitaria e institucionalmente-:

- si estamos preparados para soportar lluvias, tornados, ciclones o lo que es lo mismo, desprecio, burlas, acusaciones. Nuestro Fundador, san Antonio María Claret lo expresó muy bien en la definición del misionero, que es aplicable a todos nosotros. En ella describe perfectamente lo que es una persona “odre nuevo”.
- Los odres nuevos no se consiguen de la noche a la mañana. Requieren “búsquedas”, “procesos”, “nuevas experiencias para procesos para acoger en nosotros, en nuestros grupos, en nuestras instituciones las innovaciones necesarias
- El vino nuevo se podría verter en una botella, pero la botella no es odre. Es necesario entrar en procesos de transformación que, como la rehabilitación, son dolorosos y exigen paciencia.
- Estamos en un momento en que el vino nuevo requiere “odres nuevos” de innovación, invención, descubrimiento de nuevas formas de organización, de liderazgo, de transmisión, de contagio.

El Espíritu Santo –en misión permanente- envía al mundo, a los diversos pueblos y sociedades, corrientes semejantes al vino nuevo. Cuando encuentra cómplices ese vino se derrama sobre el mundo y lo transforma. Los odres que no estén preparados para soportarlo serán destruidos, porque el mundo de Dios quiere llenar todos los odres, tanto los viejos como los nuevos. En la humanidad hay odres viejos y nuevos. Todos se llenarán. Pero ¡tanto peor para los odres viejos! Vendrá el vino, se derramará en todos los recipientes: los nuevos subsistirán. Los viejos serán destruidos. Jesús habló de la revelación de los misterios, la Palabra sería sembrada: pero no todos los acogen de la misma manera.

El Reino de Dios es cada día nuevo como los rayos del sol, como el agua siempre renovada de los ríos.. Todo lo que existe en la naturaleza, las flores, los árboles, las piedras, contiene algo nuevo que no existía el día anterior. La Tierra no pasa nunca dos veces por el mismo camino, entra sin cesar en regiones diferentes en las que recibe influencias nuevas. Así también las células de nuestro cuerpo se renuevan constantemente... Nuestro corazón, nuestro espíritu también requieren esa constante renovación.

La humanidad se encuentra en el dintel de una nueva época. ¿Cómo la atravesará? Depende de su estado de conciencia, de su capacidad para dejarse transformar.

El movimiento de Seglares Claretianos ha recibido el don de un precioso y valioso “vino nuevo”. La diversidad de sus miembros es, de seguro, una garantía de “innovación”, de aquella innovación que transforma, seduce y revoluciona.